

El valor ontológico de la poesía

FRANCISCO E. MAFFEI

Universidad Nacional de La Plata

¿Qué es lo que la filosofía, lo que la fría sublimidad de esta ciencia tiene de común con la poesía? La poesía es a la vez el comienzo y el fin de esta ciencia. Como Minerva, que salió de la cabeza de Júpiter, así la filosofía nació de la poesía, de un ser infinito y divino. Y es así como termina por confundirse nuevamente con ella cuanto hay de inconciliable en la misteriosa fuente de la filosofía.

HÖLDERLIN, *Hyperion*, I, 156.

La poesía no es un puro juego imaginativo cognoscitivamente desvinculado de la realidad, ni un “juego supremo en que el hombre mide su poder”; es una forma de conocimiento y una penetración en el ser. Ya Píndaro hablaba de la poesía como una “sabiduría”, y Aristóteles señala en la *Poética* que es más filosófica que la historia y que, al expresar las cosas con verosimilitud y necesidad, tiende a la esencia específica y a lo universal. La poesía es *μίμησις*, pero no en el sentido de una reproducción fiel de la realidad empírica, sino en el más profundo de imitación del ser; posee, de tal modo, un real alcance ontológico.

Esta tesis aristotélica que, bien interpretada, acuerda a la poesía significación metafísica —aunque sin determinarla claramente ni diferenciarla con precisión del conocimiento filosófico propiamente dicho— conserva, a nuestro entender, vigencia en la actualidad, y puede ser fundada en un análisis histórico y sistemático acerca de su esencia.

La poesía, en efecto, surgió como una forma de concepción del mundo y de aprehensión de la realidad por la palabra, que adquiere de ese modo un valor trascendente. Sabido es que fué la poesía la precursora de la filosofía; los mitos primitivos poseían un material cognoscitivo tan rico que, en muchos casos, la filosofía se limitó tan sólo a racionalizar y explicitar su contenido. Platón argumenta a

menudo en base a la tradición mitológica, y Aristóteles reconoce expresamente que es digno de un filósofo citar en prueba de sus afirmaciones la palabra de algún poeta.

Todo ello revela el alto valor de conocimiento asignado a la poesía en la antigüedad, y no a otra cosa que a este prestigio y valoración responde el hecho de que los primeros pensadores con intención filosófica adoptaran la forma poética como el medio más natural y apropiado de expresión de la realidad. Así, no es por obra de filósofos posteriores, que supieron desentrañar el sentido metafísico de algún poema, sistematizándolo en conceptos, por lo que la poesía tiene alcance cognoscitivo, sino por la naturaleza misma de la expresión poética y en razón de su legitimidad como forma de conocimiento.

Pero, si el verdadero ser de las cosas constituye el centro de referencia de la intención poética ¿qué tipo de conocimiento configura la poesía y en qué difiere del filosófico?

La poesía es aprehensión inmediata de la realidad concreta por la imagen; la filosofía, conocimiento mediato y conceptual. Pero ello no implica que constituya, contrariamente a lo que se sostiene, una intuición sensible e individual, pues la imagen poética no expresa un objeto particular como tal, sino lo que este objeto tiene de universal: revela, en sustancia, el índice de universalidad de una particularidad. La imagen mantiene una relación con lo que de universal tiene la realidad.

La expresión poética es el resultado de una con-vivencia con la realidad. El poeta no la interroga, como el filósofo, sino que establece una correspondencia espontánea con ella; es contemporáneo con el ser, que le es otorgado precisamente a través de esa originaria solidaridad ontológica. Por tanto, el poeta tiene mayor proximidad con el ente que el filósofo, pues está fundido con el ser y no precisa forzarlo racionalmente como éste que, con su actitud, crea la divergencia que procura resolver luego en el plano de la razón. El poeta guarda originariamente una relación de sim-patía e intimidad con el ser, pues su capacidad es aquella "capacidad negativa", que decía Keats, es decir "la virtud de encontrarse sumergido en incertidumbres, misterios y dudas, sin sentirse irritado por conocer las razones y los hechos", como acontece en el ánimo del filósofo.

Vemos cómo, aunque diversa de la racional filosófica, la actitud poética no es irracional, pues la conexión del poeta con la realidad

se instaura en un plano que está más allá de toda distinción entre la razón y lo irracional, y que realmente la funda, en cuanto es una relación óptica. Incluso en su forma de poesía pura —que, según veremos, pierde todo alcance cognoscitivo— la poesía debe permanecer siempre en aquel plano indefinido e intermedio, sub-yacente, sin caer jamás en la irracionalidad. “Si bien el sentido lógico no es exigible por sí mismo en poesía, y en nombre de las necesidades de claridad de la razón, el no-sentido lógico, voluntaria y sistemáticamente impuesto, es incompatible con la poesía”, sostiene Raissa Maritain.

El poeta se halla imposibilitado en consecuencia, por la propia situación existencial que lo define, de escindirse de la realidad. Su trato con el ser se da en un fondo de identidad, previo a la diversificación de objeto y sujeto. Convive, coexiste con lo absoluto, en el sentido entendido por Schelling de una originaria indistinción entre lo subjetivo y lo objetivo; por tanto, en la peculiar relación de conocimiento que establece con la realidad, no hay ninguna interposición. No hay para el sujeto-poeta verdaderamente un objeto, ni él es tampoco un sujeto.

El poeta no es, en este sentido, más que el medio o vehículo del objeto que se expresa a través suyo. De ahí que sea más adecuado hablar, no de expresión del ente a través de la palabra poética, sino de fundación por ella del ser, tal cual afirma Heidegger ya que, por el verbo, el objeto pone su ser en boca del poeta, lo explicita. La palabra no crea ni re-crea el ser; lo descubre. Y precisamente por esta primigenia identificación con el ser, la expresión poética es concreta y no abstracta como la filosófica, pues el poeta no necesita, para expresar la esencia, mediatizar el ente por el concepto, suprimiendo o anulando la complejidad de las determinaciones particulares. La poesía no anula ninguna faz del objeto; es objetividad pura, no mediatizada o elaborada por el intelecto; una “metafísica, no razonada y abstracta como la de los doctos, sino sentida e imaginada” (Vico). Y esto hace que el valor de una obra poética esté dado por el grado de expresividad, o sea de primitividad ontológica del lenguaje; “una cosa es tanto más real, cuanto más poética” (Novalis).

Queda así explicado, además, el *πάθος* definitorio de la vida poética. En cuanto el poeta es el medio de expresión de la realidad, en cuanto experimenta esa insuperable sujeción que le consagra al

ser, se siente supeditado a un destino que padece por acompañar al ente en el trance a la manifestación de su esencia. Cuando Sócrates, filósofo, se siente destinado y en estado de revelación por un llamado interior, no concibe otro medio de expresión que la poesía. "Pues bien, mi querido Cebes —replicó Sócrates— dile la verdad: que no lo he hecho seguramente por hacerme su rival en poesía, porque ya sabía que esto no me era fácil, sino que lo hice por depurar el sentido de ciertos sueños y *quietar* mi conciencia respecto de ellos; para ver si, por casualidad, era la poesía aquella de las bellas artes a que me *ordenaban* que me dedicara. Porque muchas veces, en el curso de mi vida, un mismo sueño se me ha aparecido tan pronto con una forma, tan pronto con otra, pero prescribiéndome siempre la misma cosa: Sócrates, me decía, cultiva las bellas artes" (Platón, *Fed.*).

Del mismo modo, mientras el filósofo se perfila como un tipo humano libre de angustia y en posesión de la autonomía que le confiere su fe en la fuerza de la razón, el poeta se presenta aquejado de una peculiar melancolía, del mal metafísico que esa adherencia al ser significa y que constituye el drama de su existencia. Así pudo decir Nerval:

*Je suis le ténébreux, —le veuf—, l'inconsolé
Le prince d'Aquitaine à la tour abolie:
Ma seule étoile est morte, —et mon luth constellé
Porte le soleil noir de la Mélancolie.*

Mas no siempre acepta el poeta este acatamiento ontológico, y entonces procura evadirse en nuevas formas de poesía (la poesía pura) que, al des-realizar la realidad y caer en un formalismo absoluto, deja de ser reveladora para convertirse en creadora, en verdadera ποιησις. Toda vez que se han producido esos intentos poéticos han significado un esfuerzo de liberación existencial. Pero tal ansia de desarraigarse del ser conduce al poeta a la formalidad pura y al silencio, pues escindido del ser ya no puede expresarlo. Queda entonces aquel

*Rien, cette écume, vierge vers
A ne désigner que la coupe*

o la otra alternativa, la del *vide papier que la blancheur défend* (S. Mallarmé).

Tal es el destino reservado a toda poesía que se aparta del ser, pues su función ha sido siempre expresarlo. Ahora bien, si recordamos una concepción teísta del mundo (que supone al mundo creado por el Verbo Divino: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que es hecho, fué hecho", *Ev. de San Juan*) ¿no será misión del poeta la infinita búsqueda de la palabra que creó el objeto?